



Daniella



Puede que le
haya contado
sobre ti a las
estrellas

Una novela de
Daniella
Rada

Capítulo 1

—iPzzzzt!

Arrojó otra piedrecilla a la ventana de la joven, que yacía en su cama ajena al barullo ansioso y apresurado que estaba causando el chico desde su jardín trasero.

—iMarie! iVamos, levántate!— Una piedrecilla y otra más chocaron contra el empañado vidrio de la ventana. El joven suspiró vagamente derrotado, pero sin darse por vencido. Siguió arrojando piedras, determinado a estar todo el tiempo que fuera necesario para que la pelirroja se despertara, mientras susurraba suaves gritos como solo aquellos en emocionantes situaciones clandestinas han hecho alguna vez.

Por otro lado, Marie aún estaba en su cómoda cama con sábanas de más hilos de los que se podían contar, perdida en el mundo de los sueños, en uno tan vívido que parecía casi real, como si pudiera sentir todo a su alrededor tan cierto y concreto como su existencia misma. Dentro de su ensimismamiento inconsciente, la chica escuchó algunos ruidos seguidos de... ¿Susurros? No estaba segura. Abrió sus ojos trabajosamente y se sentó en la cama, frotando el dorso de su mano contra uno de sus pesados páepados e intentando recordar si había cerrado la puerta de la alacena izquierda de la cocina en vano. Intentó aclarar su mente de la ráfaga de pensamientos con vaga congruencia, y cuando pudo lograr un poco de ello se levantó de la cama y se acercó a su ventanal, algo empañado. Se quedó observándolo, casi incapaz de razonar, y luego dio un pequeño brinco de sorpresa mientras ahogaba un grito al sobresaltarse por la pequeña piedra que impactó la ventana. La abrió levemente alterada y lo vio ahí de pie en su jardín, con su chaqueta de algodón azul turquí y sudadera gris. La capucha estaba suelta pero podía distinguir su rostro y su desordenado cabello castaño cubriendo su frente y costados de su perfilado rostro.

—¿Mario...?—susurró la chica mientras fruncía su ceño confundida. El chico le sonrió genuinamente, notoriamente aliviado por poder despertar a la muchacha. Marie pensó que su sonrisa parecía brillar entre los destellos de la luna de aquella noche. —¿Qué haces aquí?

—¿Acaso no es obvio? Vine a verte.

La chica se sorprendió un poco. Con sus puños restregó sus ojos una vez más. ¿Una vez más? ¿Lo había hecho antes? no lo recordaba. Cuando volvió a abrir sus ojos, Mario seguía allí. El italiano tenía la más hermosa de las sonrisas esa noche.

—¿A verme? ¿Sabes qué hora es? Vete a casa.

Estuvo a punto de cerrar la ventana, pero la acelerada voz del chico la detuvo.

—¡Espera!—Bajó su mirada y la dirigió hacia él una vez más, aún sin poder comprender.— Baja, hay algo que quiero mostrarte.

—¿Algo que quieres mostrarme? ¿Quieres que escape de mi casa porque hay algo que “quieres mostrarme”? ¿A la mitad de la noche? Estás demente.

Sin embargo, la pelirroja no podía negar que la idea era cuanto menos emocionante y excitante. ¿Escapar a altas horas de la madrugada con el chico que hacía revoloyear su corazón y consideraba su primer amor? Era una fantasía salida de una historia de amor. Aunque naturalmente no cedería tan fácilmente. Se cruzó de brazos y frunció su ceño.

—Vamos, Marie. Prometo que valdrá la pena.

La chica lo pensó un poco más mientras miraba hacia abajo, observando sus pijamas y reprochando mentalmente su mala elección.

—No puedo bajar por la puerta principal, ni por la trasera. No puedo salir en general— perdió su fachada seria y se rió por lo bajo. Toda la situación se le hacía de lo más dulce y cómica— ¿Cómo pretendes que salga? ¿Eh?

—Puedes bajar por la enredadera.

La casa de ladrillos terracota estaba recubierta de plantas y enredaderas florecidas. Eran muy antiguas y cubrían al menos dos de las cuatro paredes exteriores de la construcción. Nunca lo había intentado, pero quizá no fuera del todo imposible para ella bajar por allí. No era como que pesara más de unos sesenta kilos de todas formas.

—No esperas que en serio baje por la pared. ¿Acaso una mujer araña?

El chico suspiró divertido pero algo exasperado.

—Vamos Marieeeee—dijo alargando el nombre de la chica infantil y tiernamente.— Yo la he trepado por ti. Y no caerás, lo sabes.

Bueno, él tenía algo de razón. Aunque sí podría caer. Se quedó en silencio pensándolo un poco más. *Al diablo, solo puedes vivir una vez* pensó, con una sonrisa.

—Está bien, tú ganas. Pero no me voy a cambiar, y si caigo tendrás que

morir sabiendo que fue tu culpa.

Mario sonrió ampliamente una vez más, y agitó sus puños en el aire en un feliz baile de victoria que, esperadamente, Marie encontró de lo más tierno. Cada minuto que pasaba **lo** sentía aún más fuerte.

Pasó una pierna a través de la ventana abierta completamente. Supo que estaba haciendo una locura, así que se rió por lo bajo y se aseguró de haber posicionado su pie correctamente. Una vez haberse cerciorado, pasó su otra pierna por la abertura y se acomodó. Ya estaba fuera, solo quedaba bajar sin resbalarse. Respiró profundamente y comenzó a descender, sin mirar hacia abajo. Mario, por su parte, extendió sus brazos listo para detener la posible, pero poco probable, caída de la pelirroja.

A Marie le tomó menos de tres minutos llegar hasta el suelo sin ningún rasguño. Mario se aseguró de recibirla entre sus brazos y abrazarla fuertemente una vez la chica estuvo en tierra firme. Ella, por supuesto, no dudó en abrazarlo de vuelta y respirar profundo, aspirando cada porción de su perfume, memorizando su aroma. Cerró sus ojos aún entre los brazos del chico y sintió el fresco pasto bajo sus pies, húmedo por el rocío de la noche. Se rió de nuevo separándose de Mario.

—Mierda, Mario. No traje zapatos.

Ambos se miraron unos segundos y se rieron mirándose a los ojos. *De verdad que sus ojos parecen brillar, en especial cuando sonríe*, pensó la muchacha.

—...Es casi como si pudiera ver la galaxia entera en el reflejo de sus ojos— murmuró la chica perdida en su mirada. No se dio cuenta de que sus palabras fueron pronunciadas en voz alta.

—¿Cómo dices?—preguntó el muchacho risueño. Marie pudo sentir sus orejas ponerse rojas y se mordió el labio, evadiendo su mirada.

—Nadie dijo nada, no sé de qué hablas.

—Yo creo que sí sabes.

—*Nope*, no tengo la más remota idea.

Mario se acercó a ella, que mientras mantenía la divertida e inocente conversación se había alejado unos pasos de él, y pasando un brazo por debajo de sus rodillas y el otro por su espalda la cargó como un príncipe cargaría a su amada princesa.

— ¡¿Qué crees que estás haciendo?!—preguntó Marie alterada por la

súbita cercanía, de la cual en realidad no podía quejarse demasiado.

—¿De verdad pensabas que te dejaría caminar descalza por la calle a la mitad de la noche? No podría hacerme llamar caballero si así fuera.

La chica sintió cómo su sonrojo empeoraba mientras el chico caminaba con ella en sus brazos hacia solo Dios sabía dónde. Pasó sus brazos alrededor de su cuello y escondió su cara en el hueco del mismo.

—Haz lo que quieras, solo bájame si empiezo a pesar ¿sí?

—No pesas nada de todas formas.

La chica rió y subió su mirada hacia la de él, que estaba fija en el frente. La capucha de su abrigo había caído y un par de gotas de sudor corrían bajo su morena mejilla. Aún así, su sonrisa picarona permanecía plasmada en su rostro.

—Por cierto, Mario... ¿Hacia dónde me llevas? Si no me dices pronto, comenzaré a pensar que se trata de un secuestro.

—No es un secuestro—dijo el chico soltando un par de carcajadas—, es una sorpresa. Y no está muy lejos, solo sé paciente ¿sí?

—Esa es otra palabra para secuestro.

Ambos rieron una vez más. Marie comenzó a detallar su rostro una vez más. Incluso desde ese ángulo era hermoso. Todo en él, cada pequeño grano y marca de acné, cada cicatriz y cada singularidad, todo era perfecto. Porque era **él**. Era él y era ella, eran ellos, eran el mismo. Podía sentirlo y sabía que él lo sentía también. Incluso cuando dudaba, se obligaba a sí misma a confiar. Eran **ellos**. Quizás así era como el amor se sentía después de todo. No decepcionaba, eso era seguro.

—Marie... No es que peses, es solo que-

—Ya me bajo— interrumpió la chica, dejando la cómoda posición en sus brazos y pisando el frío asfalto. Iba a seguir caminando, sin inmutarse, cuando Mario se inclinó de espaldas ante ella.

—Será más fácil para mí llevarte de esta forma.

—No seas tonto, puedo caminar. Ya me has cargado por mucho tiempo.—La chica iba a seguir de largo, pero Mario insistió.

—Vamos, no pesas para nada. Solo necesitaba cambiar de posición.

Incluso sabiendo que él no podía verla, Marie no pudo evitar sonreír tontamente.

—Está bien— murmuró felizmente mientras se dejaba cargar en la espalda de Mario. Este agarró sus piernas fuertemente, y ella pasó sus brazos por su cuello una vez más, recostando su cabeza en su hombro.

Habría cerrado los ojos pero el paisaje era demasiado memorable como para darse tal lujo. Estaban a las afueras de la transitada ciudad. No había tomado mucho llegar a este punto ya que la casa de Marie estaba alejada de la ciudad también, sin embargo, esto era aún más lejos. A los lados solo había campo, y en frente una infinitamente solitaria carretera. Las estrellas se veían claramente en esa despejada noche, y el aire se sentía más puro que de costumbre. Ambos hablaron de bobadas con sonrisas jóvenes, llenas de felicidad vibrante y destellos de luciérnaga adornando sus rostros. Mario se desvió de la carretera en algún punto y, al pie de una no muy alta, pero sí amplia colina, bajó a Marie.

—Espero que no te moleste subir descalza.

—Sabes que amo la sensación de la tierra fresca en mis pies.

Mario sonrió y asintió. Claro que lo sabía. Marie iba a seguir por su cuenta, pero Mario tomó su mano y la miró con dulzura. La chica desvió la mirada, pero el muchacho con su mano libre tomó tiernamente su barbilla para encontrar su mirada una vez más. Se quedaron así unos segundos, y pasó su dedo pulgar con suavidad por los labios de la pelirroja, cuyas orejas no pudieron evitar colorearse una vez más.

—Te encantará.

Luego de que el chico susurrara esas dos palabras, ambos comenzaron a subir la colina. Seguían charlando de cualquier estupidez, y no faltaron las risas cuando Mario se resbaló torpemente y ambos cayeron en la grama. Luego de unos pocos minutos ya habían alcanzado la cima. Para la sorpresa de Marie, había bajo un viejo árbol una manta de picnic cuyos colores azules solo podía diferenciar gracias a las lucecitas amarillentas y melancólicas que colgaban del árbol. Una cesta la acompañaba al parecer, y también algunos cojines. Frunció el ceño y volteó a mirar al muchacho.

—¿Qué es esto..?

El chico se encogió de hombros despreocupadamente, pero con un leve rubor cubriendo sus mejillas.

—Pensé que sería bueno hacer algo lindo por ti. Supongo que solo aprecio

mucho tenerte a mi lado, Ma-

Antes de que Mario pudiera terminar la oración, Marie se abalanzó sobre él abrazándolo fuertemente, reprimiendo el escozor en sus ojos que indicaba que en cualquier momento un par de lágrimas se escaparían. Lo abrazó tan fuerte como se puede abrazar a alguien.

—Supongo que sí te gustó—dijo el chico entre risas, correspondiendo a su abrazo. La chica asintió aún abrazándolo.

—Es hermoso...

Tras decir esto, tomando su mano una vez más, se dirigió hacia el pequeño mantel y se sentó en él, con el muchacho a su lado. Mario intentaba (fallidamente) disimular su felicidad. Marie, por su parte, no podía dejar de sonreír. Sus cabellos pelirrojos ondeando libremente con el viento, sus pecas las cuales estaba algo cubiertas por un leve sonrojo parecían formar constelaciones en sus mejillas. Sus ojos, que al igual que los suyos propios sin siquiera notarlo, parecían brillar. Era una vista realmente hermosa, **ella** era realmente hermosa.

Marie se sentó sobre sus rodillas y tomó la canasta con sus manos, mirando al castaño sin poder esconder la emoción y la curiosidad.

—¿Puedo abrirlo?

—Adelante.

Al tener luz verde, Marie abrió la canasta de paja amarilla, que bajo las tiernas luces y la de la luna parecía dorado, casi oro. Llevó una de sus manos a su boca, que residía abierta casi de par en par. Era un libro acompañado de un sinfín de margaritas tan blancas como la luna llena de aquella noche.

Lo sacó con ambas manos y dejó la canasta a un lado, para con mucho cuidado inspeccionar la carátula de cuero negro con destellos de carmesí. Era gordo, pero no demasiado. Embelesada, abrió el libro y vio el título. Ahogó un grito de sorpresa y felicidad.

—¡Persuasión! Lo conseguiste, sabes que era el que más quería de Jane...

Miró a Mario con una sonrisa y alegría incontenibles en su expresión. Para el chico fue imposible no contagiarse de ellas, asintió complacido.

—No fue fácil pero valió la pena, sin dudas.

Marie volvió a guardar el libro con cuidado de no maltratar las margaritas y se acercó a Mario, quien observaba ensimismado cada uno de los

movimientos de la pelirroja. La chica, luego de haber devuelto el libro a la canasta, se acercó a Mario y se acostó en la manta de picnic de hermosos tonos azules, extendiendo sus piernas y pasando sus brazos por detrás de su cabeza.

—Este es el chico del que les había hablado la otra noche—exclamó la muchacha por lo bajo, sintiendo el rubor en su rostro y orejas aumentar considerablemente. Observaba el cielo y sus infinitas estrellas, el brillo mágico proveniente de la luna que las acompañaba en su incesante titilar. Todo en ese momento era plenamente inefable.—. Ahora pueden ver ustedes mismas lo maravilloso que es.

—....¿Qué estás haciendo?—Preguntó el chico confundido pero en tono divertido. Marie siempre hacía este tipo de cosas cuyo significado solo ella podía entender y transmitir. Era una de sus cosas favoritas sobre ella.

Sin esperar una invitación, él también se acostó a su lado, mirando a todos los cuerpos celestes testigos de aquella inolvidable velada.

—Puede que le haya contado sobre ti a las estrellas.

Mario mordió su labio y volteó su cabeza para observar a la chica, que seguía con su mirada fija en el cielo, probablemente perdida en lo que había más allá de este.

—¿Que has hecho qué?

—Puede que le haya contado sobre ti a las estrellas y lo maravilloso que eres, quizás haya mencionado aquellos detalles que hacen por mí, que para ti pueden ser tan insignificantes como el aleteo de una mariposa perdida, pero que en mí provocan infinitas sonrisas, un **boomboom** acelerado en mi ritmo cardíaco.—Sonrió perdida en sus propias palabras— Es posible que ellas sean las únicas testigos de la fortaleza de mis sentimientos, del fervor y la pasión que ocasionas en cada fibra de mi ser. Puede que ellas se hayan enterado de cuánto te quiero, y de cómo esa cifra ya de por sí inconmensurable aumenta cada día en astronómicas proporciones. Incluso les he contado sobre cómo el brillo de tus ojos compite con el suyo, siempre presente incluso en la menos estrellada de las noches.

Mario estaba sin palabras, solo podía pensar en lo hermosa que era Marie y en esos brincos que su corazón estaba dando a cada palabra que sus rosados labios pronunciaban.

—Puede que yo también le haya mencionado un par de cosas sobre ti a las estrellas.

El ceño de Marie se frunció una vez más.

—¿Cómo dices?—preguntó mientras volteaba a mirarlo. Finalmente la mirada del uno estaba fijada en el otro una vez más, como el más fuerte de los candados.

—Quizás yo les haya mencionado algunas cosas sobre la chica que hace mis días menos sufridos, de cómo cada sacrificio que he hecho para estar un minuto contigo se siente poco en contraste con la recompensa. Incluso pude haber mencionado cómo las más hermosas constelaciones no están formadas por ellas sino por las bellas pecas decorando tus mejillas. Puede que por sí mismas se hayan dado cuenta de las noches sin dormir, pensando sobre ti y sobre cómo el sol se podía tardar tanto en salir cuando más lo añoraba. Ahora al fin están viendo en primera fila la más hermosa de las sonrisas de la que tanto les he contado todas las noches por tanto tiempo.

—¿Mario?—Preguntó la chica, sintiendo las lágrimas amenazando con correr por sus mejillas una vez más.

—¿Sí, Marie?—el chico nunca había sonreído más amplia y sinceramente en toda su vida.

—Sigamos contándole a las estrellas sobre nosotros, sobre nuestro querer y sonrisas escondidas, casi clandestinas. Sigamos contándoles por siempre sobre aquel verano donde encontré al amor de mi vida, sobre aquella vez en la que me escapé por una enredadera para irme contigo. Promete que nunca pararemos.

—Lo prometo.